



## HISTORIA DE LA CAZA

### OJEADA GENERAL

LA CAZA EN LOS TIEMPOS PREHISTÓRICOS.—LA CAZA EN EL PUEBLO HEBREO, ENTRE LOS ARYAS, PERSAS, GRIEGOS Y ROMANOS.—FEUDALISMO Y EDAD MEDIA.—LA CAZA EN LOS PUEBLOS MODERNOS



Los caudalosos ríos de América, en su largo camino, se tñen con los colores de los terrenos por donde atraviesan, y reflejan la variada flora de sus orillas; la historia de la caza á través de los siglos refleja la vida y la civilización de todos los pueblos.

La arqueología prehistóri-

ca mezcla los huesos fósiles del hombre primitivo con los útiles y armas toscas labradas con pedernal y sílex, y los huesos de los gigantes animales de las cavernas y de las selvas, el oso, el mastodonte, el renjifero y el mammoth.

La Biblia, este gran libro entre los libros, dibuja junto á la figura patriarcal y pastoril de Abraham y de Jacob, la de Nemrod, *el cazador esforzado y fuerte, que en la llanura de Senaar, cazó ante el Señor.*

Los Aryas de la Bactriana en el valle del Oxus, en su marcha victoriosa desde la meseta del Irán y por el río de las siete corrientes hasta el Ganges, destruyeron millones de alimañas, tigres y leones, y dejaron por doquier impresa la huella de grandes cazadores.

La India con su atmósfera de fuego, su vegetación poderosa y sus imaginaciones ardientes, alimentadas por una religión todo maravillas y mitos emblemáticos, ahuecó los montes para tallar en su seno las subterráneas pagodas pobladas de dioses y animales gigantes. La extraña y salvaje poesía de los *Vedas* parece que toma formas y vive, cuando á la moribunda luz que se abre paso á través de las grutas sagradas, se ven desfilar, confundiendo entre las sombras de sus muros, las silenciosas procesiones de monstruosos elefantes guiados por esos deformes genios que despliegan sus triples miembros en semicírculo como las plumas de un quitasol.

El Egipto, sembrado de esfinges y monolitos, nos muestra en sus colosales monumentos de piedra el trasunto de grandes cuadrúpedos y aves, cazados en las llanuras de las pirámides y en las rientes orillas del Nilo.

En Persia, la crónica de la caza se sintetiza en la siguiente inscripción borrosa que se lee en la tumba de Dario: «Amé á mis amigos, fuí acabado caballero y excelente cazador y no tuve nada por imposible.»

Grecia, que coronó de flores á sus divinidades, trueca á los cazadores en dioses, semidioses y héroes, y levanta á su memoria y honor templos, á orillas del Ilisus y del Céfito, y los mejores artistas tallan hermosas estatuas perdidas entre bosques de mirtos y laureles.

En Roma, fué la caza ocupación favorita de los patricios, importada, como sus dioses, literatura y artes, de Grecia; y el pueblo-rey tuvo más tarde como una de sus mayores delicias, los espectáculos de sangrientas cacerías de tigres, leones y leopardos en las arenas de los circos.

La historia y la arqueología describen las armas de caza usadas por los galos en sus continuas correrías por las selvas y montes, cazando el uros gigantesco, el bisonte y el caballo salvaje.

Tácito escribió de los germanos, que compartían su vida entre los rudos ejercicios de la caza y de la guerra.

La caza floreció en gran manera entre los mongoles. Marco Polo celebró mucho á los halconeros de Tschingis-Khan, inteligentísimos en la cetrería y dueños de sobresalientes halcones y perros. Olearius refiere que halló halcones en las chozas de los Kirgises y de los Tartaros, y también águilas adiestradas para la cetrería.

La época feudal, llena de poesía, de sombras y tinieblas, puebla los bosques de rumores guerreros y de estruendos de la caza, y vense en los salones señoriales, junto á los trofeos de guerra, los arreos venatorios, la pica y la jabalina, y los cuernos ricamente incrustados de plata, al lado de los estandartes, lanzas y escudos.

En tiempo de Carlo Magno, la caza gozó fuero de verdadera institución. En Hyuv Weger se estableció una gran halconería, y los monarcas tuvieron por finísimo regalo las aves de cetrería, que cambiaron como cambian hoy los honores y condecoraciones. Se otorgaron, á guisa de privilegios, permisos para estar sentados en la iglesia con el halcón en el puño, ó bien para colocarlo encima del altar. En Inglaterra, el libro de San Albano (*Book of St. Albans*) señaló verdaderas categorías entre las aves de cetrería. Tuvo por propias del emperador las águilas, buitres y milanos; de los reyes, los halcones, gerifaltes; de los príncipes, los heblis; los bornis, de los duques; los halcones peregrinos, de los señores; las aves bastardas, de los barones; los sacres, de los caballeros; los morlines, de las damas; los esmerojones, de los jóvenes nobles; los gavilanes, de los sacerdotes; los azores, de los tratantes, y los cernícalos, de los criados.

Sabido es que uno de los principales episodios de los *Niebelungen* es una caza, y su abolengo se halla en los cantos heroicos de la añeja Germania y sus raíces en las tradiciones merovingias.

Los reyes anglo-normandos fueron tan devotos de la caza, que Guillermo el Bastardo roturó, para su solo uso, todos los grandes bosques del reino. Condenó, dice una crónica, á ser privado de la vista á todo el que diese muerte á un venado ó á un ciervo (1).

Guillermo el Rojo llevó á tal punto sus aficiones venatorias, que sus súbditos le apellidaron guardabosque y pastor de alimañas.

Gaston Phæbus, conde de Foix, el cazador más ilustre de la Edad Media, dejó escrito, en su libro sobre la caza, que la delectación mayor de su vida habían sido *las armas, el amor y la caza*.

San Luis, Carlos V de Francia, Carlos VI, Luis XI, Carlos VIII; los personajes célebres de aquellas épocas, Luis, duque de Orleans, los duques de Anjou, Juan Sin miedo, duque de Borgoña, los altos barones del siglo xv; Carlos Maximiliano, René de Anjou, Luis de la Tremouille, Jaime de Brezé, todos fueron intrépidos cazadores.

En los siglos xv, xvi, xvii y xviii, Luis XII, Francisco I, Enrique II, Carlos IX, Enrique III, Enrique IV, Luis XIII, Luis XIV, Luis XV y los grandes señores de casa y corte y magnates de la época; los condestables de Borbón, duque de Guisa, condestable de Montmorency, mariscal y duque de Biron, conde de Auver-

(1) Pasaje citado por Aug. Thierry, *Historia de Inglaterra por los Normandos*, tomo II.

nia, duque de Borgoña, duque de Berry, mariscal de Turena, duque de Bouillon, el príncipe de Sajonia, el duque de Portland, duques de Orleans, conde de Eu y tantos otros, se entregaron con verdadero frenesí á los placeres venatorios. La historia de la caza se halla tan

íntimamente unida con los misterios é intrigas de la corte y con la vida íntima de los reyes, príncipes y nobleza, que refleja á maravilla las instituciones, costumbres y vicios de los pueblos.

Brillaron en aquellos siglos damas cazadoras, como



Cazador de la Época Prehistórica

Catalina de Médicis, Margarita de Valois, Diana de Francia, la bella Gabriela, María de Médicis, la princesa de Conti, la mariscala de Biron, la duquesa de Longueville, Mlle. de Montpensier, damas de la corte de Luis XIII, Mme. de la Guette, nietas de Mazarino, Mme. de Comminges, la duquesa de Bouillon, damas

de la corte de Luis XIV, Mme. de Fontanges, las duquesas de Orleans y de Berry, Mr. de Chartres, la reina María Leczinska, princesa de Condé, Mme. de Pompadour.

En España, la afición á la caza en los siglos medios subió á tal punto, que, como dice un ilustrado escri-